

un lenguaje tan enérgico como el del *World* al hablar del discurso de Hughes, y hasta es de sospecharse que los comentarios adversos sean contadísimos. Sin embargo, jamás habló el imperialismo norteamericano por boca de un hombre más autorizado que Mr. Hughes, uno de los primates del partido republicano, cuya circunspección es virtud que pregonan y ponderan todos sus copartidarios y no pocos demócratas. No se trata ahora de desplantar a lo kaiser o a lo Roosevelt; se trata de un hombre frío y calculador, que medita y escoge sus palabras cuidadosamente. Mr. Hughes aparece blandiendo con mano furibunda—más furibunda que la del mismo Roosevelt—un garrote más formidable y contundente que el proverbial *big stick* del «gran» Teodoro.

Lo seguro—y lo más grave—es que esta declaración de Hughes no es mera expresión de opiniones personales. Es muy posible que sus palabras no expresen la opinión general del pueblo de los Estados Unidos; pero tienen que expresar la opinión del gobierno, la opinión del presidente, la opinión de los secretarios del ejecutivo, la opinión de los hombres cuyo dictamen y cuyos intereses pesan en los consejos de la Casa Blanca. Mr. Hughes no es político vehemente ni atolondrado, capaz de echar fieros por el gusto de aterrorizar a las presuntas víctimas o de arrancar aplausos a la galería.

Por supuesto que, oficialmente, las demás naciones de América no chistarán. Las naciones del sur, si van a caer bajo el dominio de Washington, caerán en silencio, entre las vilísimas y calladas trapisondas de los politiqueros criollos y el silencio, la resignación y la ignorancia de los pueblos. En el resto del mundo nadie se percatará de que un pez grande está comiéndose a otros peces chicos. El resto del mundo, si acaso llega a sus oídos algún estertor de las víctimas, pensará que se trata de alguna disputa doméstica en América: para los europeos, América son los Estados Unidos y América es el continente: fatídica confusión preñada de augurios.

Mr. Hughes atribuye a la doctrina de Monroe una multitud de hechos siniestros para los hispanoamericanos:

«Al construir el canal de Panamá—dijo—no sólo abrimos una vía nueva y conveniente para el comercio, sino que también creamos nuevas necesidades y nuevas condiciones de estratégica y defensa. Nos toca proteger esa vía».

Se calla, naturalmente, hasta dónde irá el imperio del norte en el propósito de «proteger» el canal: la interpretación de la palabra «proteger» le corresponde al gobierno de Washington. Quizás necesite mañana, bases estra-

tégicas en las aguas de Colombia, de Venezuela, del Ecuador, de México, además de las que ya tiene en Centro América y en las Antillas. ¿Quién sabe hasta dónde puede dilatarse a la postre «la necesidad estratégica?»

En el discurso hay una amenaza explícita y directa contra la América Central: «También puede ser necesario para nosotros en determinado momento construir otro canal entre el Atlántico y el Pacífico y protegerlo igualmente». Más claro no canta un gallo.

La enmienda de Platt adquiere contra Cuba una elasticidad imprevista: ya no es sólo garantía de que el pueblo cubano ha de darse un gobierno capaz de proteger la vida, la propiedad y la libertad individual y de cumplir con las obligaciones que con respecto a Cuba asumieron los Estados Unidos por el tratado de París, según reza el texto de la enmienda, sino también que significa una obligación de «impedir la necesidad de la intervención según el tratado, induciendo al pueblo de Cuba a que elimine el despilfarro y la corrupción, reduzca los dispendios públicos a las necesidades estrictas del gobierno y garantice una administración honrada y competente...» etc.

La intervención en Santo Domingo fué también obra de la doctrina de Monroe. Lo mismo dice Mr. Hughes de la invasión de Haití: Se trataba de enseñar a este pueblo a que viviera «decentemente»... bajo el patrocinio del National City Bank. Esto del National City Bank no lo menciona Mr. Hughes, por supuesto.

De Centro América sólo dijo que «las condiciones turbulentas y las tendencias revolucionarias de algunas repúblicas centroamericanas han inspirado grandes cuidados al gobierno de los Estados Unidos, el cual se ha empeñado en imponer allí el orden y la estabilidad». Y como si esto no fuera bastante, Mr. Hughes añadió con cinismo estupendo: «Esto lo hemos hecho movidos por el interés de mantener intactas la integridad y la soberanía de esas repúblicas».

En todas partes del mundo el imperialismo es hipócrita. Mr. Hughes no quebranta esta regla al adoptar un tono virtuoso, pintando, en la mayor parte del discurso de Minneapolis, el respeto que tiene la Casa Blanca por la independencia y la soberanía de los pueblos de América.

JESÚS SEMPRUM

New York, 4 de setiembre de 1923.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

La nueva diplomacia

An ambassador is an honest man sent to lie abroad for the commonwealth.

Sir H. WOLTON

PARA los acostumbrados a las prácticas de la vieja diplomacia, una de cuyas características principales es la de un estiramiento y formulismo estrambótico y alambicado, habrá de ser una sorpresa la lectura de estas cortas líneas, para la publicación de las cuales pensamos recurrir a la generosidad del Director de REPERTORIO, ya que es necesario darle circulación continental a la «buena nueva» que pensamos difundir en ellas.

A propósito de la visita que la «Unión Libertadora Venezolana» hizo al señor Ministro de México para significarle su simpatía con motivo del censurable y bochornoso procedimiento del Gobierno venezolano de rechazar de las playas venezolanas a un grupo de artistas mexicanos que iban en misión de arte a Venezuela, publicó la prensa de San José algunos de los detalles de la visita, siendo los que más llamaron la atención el de que una asociación revolucionaria fuera cordialmente recibida por el encargado de una Legación extranjera, y mucho más que esto, el hecho significativo e inusitado de que un Representante Diplomático de México osara brindar una copa de champaña a sus visitantes haciendo votos *por la futura libertad de Venezuela*, brindis alarmante, inusitado dentro del estrecho marco en que hasta los momentos que corren había servido de escenario a la antigua ortodoxia de estiramiento y silencio de los Representantes Diplomáticos.

Al revuelo producido por la inusitada actitud del Plenipotenciario mexicano por su doblemente *grave falta* de recibir a los enviados de una asociación revolucionaria y como si no fuera bastante esto, *brindar por la futura libertad de Venezuela*, lo que equivale—hablando en el lenguaje diáfano que no es precisamente el que ha venido hablando hasta ahora la diplomacia—a que el Sr. Ministro de México acepta que no existe libertad en Venezuela.

Pero el señor Ministro de México contesta con un encogimiento de hombros al *que dirán* de los alarmados por su inusitado procedimiento, y días después, con ocasión de una visita que tuve el honor de hacerle con el propósito de mostrarle una carta recibida de... (suprimido) y comentando de nuevo la censurable actitud del Gobierno de Venezuela, tuve el honor y la inmensa satisfacción de oír de labios